

Poder de poderes

Power of powers

Carbone, Rocco

 **Rocco Carbone**

rocco.carbone@unq.edu.ar
carbonerx@gmail.com

Universidad Nacional de Quilmes,
Argentina

Revista Kavilando

Grupo de Investigación para la Transformación
Social Kavilando, Colombia
ISSN: 2027-2391
ISSN-e: 2344-7125
Periodicidad: Semestral
vol. 17, núm. 1, 2025
revista@kavilando.org

Recepción: 10 octubre 2024
Aprobación: 20 diciembre 2024
Doi: [10.69664/kav.v17n1a539](https://doi.org/10.69664/kav.v17n1a539)

Resumen:

Este trabajo piensa la Argentina del siglo XXI que nos es contemporánea, atravesada, sostenida y gobernada por un poder de poderes, una fuerza cognitiva (esto es: política) constituida alrededor de un nudo entramado por dos hilos espesos. Estos hilos -el poder mafioso y el poder fascista- responden a un mismo principio racional-constituyente -el zigzag- y comparten un propósito, que atañe a la emancipación, a su inhibición. La hipótesis que organiza el proceso cognoscitivo puede sintetizarse de la siguiente manera: el poder constituido alrededor de la figura del presidente Javier Milei (2023-¿?) se adhiere (en parte) a aquel configurado en torno a la figura del expresidente Mauricio Macri (2015-2019). Metodológicamente, estas reflexiones anudan saberes de distinta procedencia disciplinar: la filosofía de la praxis, la sociología de las organizaciones y una teoría (política) de la liberación. El objetivo central del trabajo consiste en analizar teóricamente la escena política argentina del presente -gobernada por el poder “libertatiano”- para imaginar algunas modalidades posibles para la emancipación política. Las conclusiones se configuran en derredor del concepto de cookismo, que expresa una conexión -sin fusiones- entre las grandes tradiciones políticas de lucha emancipatoria en la Argentina.

Palabras clave: Argentina siglo XXI; Poder; Mafia; Fascismo; Cookismo.

Abstract:

This work conceives 21st-century Argentina, which is contemporary to us, crossed, sustained, and governed by a power of powers, a cognitive force (i.e., political) constituted around a knot woven by thick threads. These threads -the mafia power and the fascist power respond to the same rational-constitutive principle -the zigzagging- and share a purpose, which concerns emancipation, its inhibition. The hypothesis, which organizes the cognitive process can be synthesized as follows: The power constituted around the figure of President Javier Milei (2023-¿?) adheres, in part, to that configured around the figure of former President Mauricio Macri (2015-2019). Methodologically, these reflections weave together knowledge from different disciplinary origins: the philosophy of praxis, the sociology of organizations, and a (political) theory of liberation. The central objective of the work is to theoretically analyze the current Argentine political scene - governed by the “libertarian” power - to imagine some possible modalities for political emancipation. The conclusions are shaped around the concept of cookism, which expresses a connection - without fusions - between the major political traditions of emancipatory struggle in Argentina.

Keywords: Argentina siglo XXI; Poder; Mafia; Fascismo; Cookismo.

Introducción metodológica

Este trabajo piensa la Argentina del siglo XXI que nos es contemporánea, atravesada, sostenida y gobernada por un poder de poderes, una fuerza cognitiva (esto es: *política*) constituida alrededor de un nudo entramado por dos hilos espesos. Estos responden a un mismo principio racional-constituyente -el zigzaguo- y comparten un propósito, que atañe a la emancipación.

Metodológicamente, estas reflexiones anudan saberes de distinta procedencia disciplinar -la filosofía de la praxis (Lenin, 2019; Trotsky, 2015), la sociología de las organizaciones (Armao, 2000; Carbone, 2023, 2024, 2025) y una teoría política de la liberación (Zetkin, 2017)- porque los saberes entrelazados implican un necesario espíritu de conocimiento, pero con su mancomunidad en discusión, siempre desafiada por el vacío de la inconclusión y por el drama abierto de la verdad. Esos saberes son interpelados desde el igualitarismo del conocer para (intentar) formular un conocimiento igual, aunque de signo inverso, respecto del sistema de poder/saber complejo, que se propone establecer una dominación como estallido continuo en la Argentina del presente. Ese sistema es el de un poder de poderes, configurado por dimensiones sucedáneas pues la historia suele estar configurada de este modo. Esas dimensiones son mafia y fascismo. Dicho de otro modo: la metodología consiste en resolver el *cómo*: cómo quiere ser tratado el objeto que pretende estudiarse o investigarse. Este trabajo procede metodológicamente de manera *deductiva e instintiva*. La parte deductiva se desarrolla a partir de datos empíricos ofrecidos por la realidad social y política argentina a disposición en un momento dado (desde el momento pandémico hasta el presente de escritura), analizados a partir de un corpus teórico-crítico elaborado por los estudios de la antimafia italiana (por ejemplo: Armao, 2000) y del antifascismo clásico (por ejemplo: Zetkin, 2017), se intenta formular interpretaciones sobre la fenomenología de un poder de poderes: el mafio-fascismo. En este sentido, la realidad empírica es el contexto electivo para la búsqueda de datos que confirmen o refuten la hipótesis planteada: que Javier Milei (también) es Mauricio Macri. Desde ya, la metodología de la que hablamos es limitada, o, mejor, tiene “límites naturales”, vista la imposibilidad práctica de recolectar de manera continuada informaciones confiables sobre un poder de poderes que opera sigilosamente. En otro orden de cosas, para comprender el funcionamiento del poder de poderes en objeto es necesario adoptar una “visión global” que combine los aportes de distintas disciplinas (sintetizados en el aparato bibliográfico citado al final del trabajo) que habilitan diferentes niveles de análisis. En cierta medida, bien visto, se trata también de inventar una metodología, *instintivamente*:

Incluso la praxis científica no puede prescindir, sobre todo en campos aún inexploradas, de cierta medida de procedimiento instintivo, cuyos motivos y normas adquieren solo posteriormente una conciencia completamente clara y una elaboración conceptual igualmente nítida de sí. Si es cierto que el trabajo científico no puede descansar completamente en esos modos de proceder aún indistintos, instintivos, adoptados en investigaciones particulares, estaría condenado a la esterilidad si ante nuevas tareas se quisiera poner como condición, desde el primer paso, una metodología plenamente formulada (Simmel, 1989, p. 18).

Objetivo de este trabajo es analizar teóricamente la escena política para imaginar algunas modalidades posibles para la emancipación política. Y alrededor de la idea de potencia emancipatoria se organizan las conclusiones del texto que gravitan en torno al concepto de *cookismo*, que expresa una conexión -sin fusiones- entre las grandes tradiciones políticas de lucha emancipatoria en la Argentina: peronistas y de izquierdas. El *cookismo* funciona también como exhortación a formar una organización emancipatoria popular capaz de religar todas las fuerzas y de dirigir el movimiento no sólo nominalmente, sino en realidad. Es decir, una fuerza dispuesta a apoyar toda protesta y toda explosión, capaz de congregarse afectivamente, conciencias, sensibilidades, y unirlos para una obra común, aprovechándolas para multiplicar y reforzar la lucha hasta el momento decisivo. Se imaginan dos dimensiones de ese momento: la necesaria revocación del poder de poderes que en la actualidad gobierna la Argentina y la institución de una necesaria utopía.

Hipótesis y discusiones

Junto con el Leviatán y Ziz, Behemoth es señalado como una de las entidades más singulares y colosales de la tierra, cuya destrucción solo podría llevarse a cabo por su creador, dios, o bien por el mesías: el pueblo organizado. En el libro bíblico de Job (40, 15-20), encontramos una descripción de este ser mítico, que también es citado por el célebre historiador y geógrafo griego Heródoto. Behemoth es considerado una figura mitológica de enorme poder y fuerza, y suele ser identificado con una entidad demoníaca de carácter hedonista, que se dedica a la tarea de entrelazar la verdad y la falsedad con el propósito de confundir la realidad. Esta criatura es representada habitualmente apelando a animales imponentes, como el elefante, el hipopótamo, el rinoceronte, el búfalo de agua o como una bestia de gran tamaño y fortaleza, bien alimentada y robusta. En este trabajo se evoca para reflexionar sobre el fenómeno del poder mafioso-fascista, con el objetivo de sostener una hipótesis -que Javier Milei (también) es Mauricio Macri- e imaginar una alternativa política radical.

Con la sagacidad que lo distingue Alejandro Kaufman escribió un tuit: “Milei es la realización efectiva de los sueños delirantes del macrismo, que también arraigan en otros sectores políticos. La escena apocalíptica es abrumadora y se impone en todas partes, y nos quiere llevar a la ruina total” (@ale_kaufman, 9/2/2024, 22.28h). Siguiendo esta línea de pensamiento, resulta plausible sostener una conjetura: que mafia y fascismo, por más que no parezca, son poderes sucedáneos (y que en el Argentina tienen un carácter dependiente por la característica de las clases dominantes). Podemos considerarlos como ampliaciones recíprocas. Un poder contiene al otro, pueden confluír y son reversibles, dado que ambos reflejan la voluntad de quienes luchan por mantenerse en el poder a toda costa. Comparten una finalidad, que consiste menos en persuadir que en mandar. En términos acaso más precisos: esas formas reaccionarias de poder tienen como propósito primordial sofocar cualquier intento de emancipación. Y si esta es odiada es precisamente porque habilita verlo todo y de todo permite hablar en voz alta con el propósito de organizar una alternativa plebeya.

Ambos son propios de una dualidad contradictoria. El moverse entre dos trincheras antagónicas se convierte para ellos en forma existencial. Los zigzags se transforman en devaneo febril y la dirección fundamental que los orienta es el contrapunto y el nudo entre dimensiones que tendemos a pensar de manera opositiva pero que ellos logran sintetizar: legal - ilegal, en el caso del poder mafioso; público - privado, en el caso del fascista. Por ende, son sucedáneos.

Principios comunes

Lo que en primer lugar define a estos poderes es el *conflicto absoluto*. Es decir, un antagonismo radical que organizan en contra de todo lo que no forma parte de su propio ámbito de influencia. Esa “otredad” está configurada por la complejidad de la serie democracia, república, estatalidad, emancipación, que está históricamente ligada al campo del cual surge: el nacional y popular. Ambos poderes se estructuran de manera intrínsecamente autoritaria, o incluso totalitaria, en el sentido de que se atribuyen el derecho de proyectar su dominio sobre toda la realidad existente. La categoría de totalitarismo -si se excluye la absurda homología que propone Arendt- refiere a un fenómeno íntimamente contradictorio, es decir, un régimen a la vez moderno y regresivo, a la vez de masa y de élite, a la vez plebiscitario y dictatorial, contiguo a la democracia, en el sentido de que sin el advenimiento de la democracia sería impensable y, al mismo tiempo, de la democracia negación absoluta (Bongiovanni, 1997, p. 46).

Los poderes mafioso y fascista emulan de manera inquietante la naturaleza de los regímenes nazi-fascistas clásicos (Carbone, 2024; 2025). Esa índole se apoya sobre la superioridad de unos respecto de otros. En este sentido, no se trata de poderes que luchan por *algo*, sino que libran una lucha radical por el control total de lo existente, y la contradicción fundamental que los anima no se limita a la confrontación entre capital y trabajo, sino que se plantea como un conflicto entre capital y vida. Además, estos poderes se organizan alrededor de una idea común: cuando la otredad es eliminada deja de representar un problema, ya no constituye una amenaza para el sí-mismo. Esta dinámica se mantiene constante, aunque su forma y expresión varíen en función de las vicisitudes históricas. La desaparición, tanto literal como simbólica, de la otredad implica necesariamente su derrota, aunque sin la destrucción total de sus manifestaciones. El poder mafio-fascista ya no puede separarse del de las democracias. Ese poder ha aprendido a explotar los límites y las contradicciones del orden democrático hasta el punto de hacer trastabillar su devenir identitario; sobre todo cuando las democracias liberales/burguesas van en dirección de lo popular.

Otro plano común a ambos poderes es la *invisibilidad*, por más absurdo que parezca¹. La invisibilidad mafiosa es una elección inducida por su índole criminal, por eso las *famiglie* tienden a ocultar con determinación la identidad de sus integrantes, los negocios a los que suelen dedicarse, sus estructuras societarias y los balances de sus empresas. La invisibilidad del fascismo reside en el carácter *sigiloso* que ha asumido en el siglo XXI. Mantiene, con muchas homologías, la operatividad clásica inherente a ese poder en su versión arqueológica, pero rehúye el nombre que asumió a lo largo de la experiencia del siglo pasado. Esto nos indica que el fascismo hubo siempre en la historia, pues se trata de un poder transhistórico, por lo menos en la historia de occidente. Lo que no hubo siempre es ese nombre. Ambos poderes operan de manera oculta por razones estratégicas: buscan aprovechar su invisibilidad para gestionar sus propios negocios tanto políticos como empresariales, cuyo perjuicio en términos sociales y colectivos es tal que se impedirían si fueran de dominio público. Cuando esos poderes, que se organizan alrededor de la invisibilidad, logran infiltrar y tomar control del Estado, también lo obligan en alguna medida a la “invisibilidad”, puesto que ese sistema de autoridad empieza a retirarse de las funciones sociales que -en parte, también- lo definen. Esa retirada implica el avance complementario de una dimensión que inerva la mafiosidad: el poder narco (Carbone, 2023).

El 29 de abril de 1938, Franklin Delano Roosevelt, quien fue presidente de los Estados Unidos entre 1933 y 1945, se expresó de la siguiente manera acerca del poder fascista en un discurso que pronunció ante el Congreso de la Nación:

La primera verdad es que la libertad de una democracia no está a salvo si la gente tolera el crecimiento del poder en manos privadas hasta el punto de que se convierte en algo más fuerte que el propio Estado democrático. *Eso, en esencia, es el fascismo, la propiedad del Estado por parte de un individuo, de un grupo, o de cualquier otro que controle el poder privado* (Roosevelt, 1942, pp. 119-128).

Se trata de una caracterización considerable si la religamos con la experiencia de gobierno del presidente Milei, quien se presenta cual recadero y servidor del poder privado: la clase de la gran propiedad que, con más precisión, hoy en día asume la forma de monopolios corporativos globales absolutistas totalitarios. El experimento teratológico libertario ubica ese poder privado -del “mercado”- en el corazón de la estatalidad. Homólogamente procedió el ex presidente Macri, quien ubicó en el Estado una racionalidad propia del poder mafioso, que también es privado: *familiarista* (Carbone, 2023; 2025).

La familia tribal constituye una fuente de unión que se resiste al control del Estado, pues es inamovible y su mayor lealtad es para consigo misma. Cuando este principio se aplica como un desafío contra la autoridad institucionalizada puede dar lugar a la tristemente famosa familia de la mafia (Greer, 2004, p. 292).

La burguesía mafiosa busca expandir su influencia en los ámbitos de la gestión pública para someterlos a intereses puramente privados. En este sentido, tanto el poder fascista como el mafioso subordinan lo público -es decir, el Estado en tanto instituto encargado de lo social y lo común- a sus propias demandas políticas y estratégicas. Ambos buscan un control total del territorio, agravan las divisiones de clases, acentúan una redistribución desigual de la riqueza -aún más que cualquier experiencia política de corte neoliberal- y aniquilan el tejido productivo nacional porque responden al principio tanático de la razón capital. De otro modo, los poderes que estamos tematizando expresan una realidad: la de la lucha de los monopolios corporativos globales absolutistas totalitarios contra las clases trabajadoras y progresivamente contra las burguesías nacionales -comerciales, industriales y agrícolas- también.

Si recuperamos la línea desarrollada por Franz Neumann, en un libro clásico - *Behemoth* (1942)- es posible profundizar la idea de que las mafias están comprometidas en afirmar, sostener y propagar los cinco principios de organización identificados como propios del orden nazi-fascista. La imposición a la sociedad de una organización monista, total y autoritaria constituye el primer principio. Esto sucede porque el fascismo no tolera competir con los diversos institutos representativos de los intereses sociales inherentes a la democracia. Trata de proyectar entonces su

sombra sobre toda la compleja institucionalidad de la estatalidad con el propósito de transformar cada uno de sus institutos en organismos oficiales (criminales). Las mafias observan un comportamiento análogo. Infiltran los partidos, los sindicatos y cualquier otra asociación -popular o de élite que sea- para homologar decisiones y comportamientos con el propósito de subordinarlos a sus exigencias criminales.

Atomización del individuo: segundo principio. El fascismo sigiloso en Argentina está intentando forjar un tipo de ser humano caracterizado por un perfil uniformemente sadomasoquista, alguien definido por su aislamiento en las redes sociales y por la falta de relevancia en términos de organización social y lucha. Este individuo es empujado a unirse a un poder que lo hace partícipe de su “gloria” y de su fuerza destructiva. Todo esto se condensa en una pregunta que circula en las calles: “¿y si le va bien?”. Las mafias destruyen cualquier vínculo de solidaridad que pudiera existir, ya sea con la familia, el trabajo, la afiliación política, la iglesia, etc. Su propósito es evitar cualquier tipo de relación social fuera del círculo mafioso. La incorporación a un clan equivale a ingresar en una nueva comunidad, que exige romper con todos los lazos del mundo anterior. Así, reproducen el mecanismo fascista de desintegración del ser humano, disolviendo su identidad y despersonalizando los lazos sociales.

Tercer principio: proliferación de élites. El fascismo busca seleccionar y organizar una élite propia entre las élites preexistentes. Como tal, recibe un trato privilegiado. Un propósito central de esa “casta” es intervenir como punta de lanza del régimen dentro de la masa amorfa. En el ámbito de las organizaciones mafiosas, esta tarea es asumida por los **capibastone** (boses), quienes organizan una serie de jerarquías y relaciones de obediencia con el objetivo único de posicionarse como los mediadores exclusivos y necesarios para gestionar las estructuras de poder.

Cuarto principio: transformar la cultura en propaganda

Último: la violencia de doble giro: aterrorizar y fascinar. Este principio refleja la moral de los opositores a la violencia política: la rechazan cuando se utiliza para cambiar el statu quo, pero no dudan en recurrir a las formas más drásticas y crueles de violencia cuando se trata de defender el orden establecido.

De todo esto descende que no debemos perder de vista un apotegma político, pese a las estridencias, las fricciones, las diásporas ficcionalizadas y las competencias -normales, porque los poderes mafio-fascistas son inherentes a la razón capitalista, anidan en él, aunque a veces estén en estado de latencia- que pueden verificarse en la vida política nacional entre la vertiente libertaria (La Libertad Avanza) y la cambiemita (Juntos por el Cambio)-: que Milei (también) es Macri.

Sobre los reglamentos (de la historia)

Un sector de la sociedad “cultura” argentina se empeña en un negacionismo sostenido acerca de la categoría de fascismo (*sigiloso*) que un sector radical de la vida de las ideas le adosa al gobierno de los hermanxs Milei insistiendo sobre dos líneas inmóviles: “atraso” y “confusión”. Dicho de otro modo: ese sector piensa con frases de cajón que moldean la moderación extremada de sus ideas, envueltas en el radicalismo indefinido de sus oraciones, que encubren los procedimientos más adecuados para eludir las acciones sistemáticas.

Un izquierdista de tipo deportivo, lo llamaremos Miliukov, ha encontrado a un historiador que sin participar de las líneas centrales del socialdemocratismo antiperonista intelectual local trata las leyes de la historia como si fueran reglamentos y a la propia historia como una ciencia reducida a los límites de la ordenanza o la cronología. Las palabras de este historiador estallan como un látigo en el torrente democrático de los lugares comunes. Este contrabandea la idea de que Mussolini y Hitler tomaron el poder tras una marcha (Hora, 2025). En el plano de la práctica histórica esas experiencias accedieron “democráticamente” al poder del Estado. Fueron generadas menos por la democracia que por los límites de sus manifestaciones concretas. En relación a la “marcha sobre la historia”, es necesario hacer una precisión: a través de los medios televisivos y los algoritmos que rigen las redes sociales Milei canalizó su furia, alimentando la indignación de aquellxs desencantadxs con la política tradicional mediante un discurso anti-casta corrupta. Este fenómeno puede sintetizarse de la siguiente manera: la Argentina, según él, se hallaba dominada por una banda de “chorros criminales” infiltrados en todo el espectro político; este discurso amplió el antagonismo del ex presidente Macri hacia el kirchnerismo. Esta élite corrupta actuaba exclusivamente en función de sus intereses, por lo tanto, en perjuicio de “la gente”. Posteriormente, Milei redirigió la cólera acumulada en el espacio virtual hacia la movilización contra la cuarentena, que presentó como un ataque directo a su valor fundamental: la libertad (individual y de mercado). Desde allí, dio el salto al Parlamento. De este modo, comenzó la “marcha sobre Buenos Aires”, una iniciativa que no se basa en una superior capacidad hermenéutica o interpretativa frente a sus adversarios, ni mucho menos en la habilidad para ofrecer respuestas satisfactorias a las demandas de su electorado.

Miliukov me depara una deferencia: la autoría de la advocación de antifascismo. Rehúyo del concepto de propiedad privada, en la vida de las ideas también. En Argentina existen distintos cenáculos que se organizan alrededor de la palabra reflexiva y que vienen elaborando una meditación sobre la condición fascista relativa al gobierno de la Libertad Avanza. En este momento los campos de la emancipación

de un centenar de países de todo en mundo están reflexionando, y elaborando sus luchas respectivas, sobre la cuestión espinosa del fascismo/antifascismo, organizados alrededor de la Internacional Antifascista que se fundó en la República Bolivariana de Venezuela en septiembre de 2024. Además, la divisa del antifascismo en la Argentina procede de movimientos sociales disidentes y feministas que convocaron la marcha del 1F (1º de febrero de 2025). En cuanto a esa convocatoria febrerista: entendió pertinentemente un elemento característico del poder fascista, una invariante si se quiere: su aspecto carnalesco.

Carnaval

El carnaval expresa una visión invertida del mundo. Es una fiesta que exterioriza el mundo que conocemos *upside-down*: patas arriba. En esa inversión del sentido se descubre una constante del poder fascista: su condición carnalesca. El carnaval, en su dimensión histórica (como se puede revisar en el clásico de Mijaíl Bajtín, 1987), representaba un momento único en el calendario medieval, ya que suspendía las jerarquías políticas y culturales establecidas. Sin embargo, al mismo tiempo, actuaba como un freno para las luchas populares emancipatorias. Durante ese tiempo, lxs campesinxs, por un día, podían disfrutar de la carne (de allí su nombre: basta observar la voracidad con la que se consumía carne de res en los pueblos del sur de Italia durante el carnaval, una tradición heredada de la cultura popular medieval), mientras que lxs reyes se transformaban en plebeyxs. En el carnaval todo deviene su opuesto. De manera similar, el político fascista contemporáneo no se reconoce como tal, sino que proyecta su identidad sobre su oponente. Este fenómeno se vio claramente en la actitud del presidente Milei durante la gran marcha federal antifascista del 1º de febrero de 2025:

La ignorancia: nazi, nacionalsocialismo, se tienen que hacer cargo. Eran de los zurditos. El fascismo es socialismo, el propio Mussolini [decía] que dentro del Estado todo, y fuera del Estado nada y nada contra el Estado. Con lo cual está claro que nada que ver con la ideología que yo tengo que es el liberalismo (*Página/12*, 4/2/2025).

Se trata de una mentira de la historia puesto que en el fascismo arqueológico “*no hay demasiado Estado, como chillan los liberales apocalípticos, hay demasiado poco*” (Bongiovanni, 1997, pp. 48-49).

Inversiones: el presidente Milei es un político de perfil vulgar, pero, dado que se expresa a partir de una disciplina casi incomprensible -la economía, tal como él la practica- es percibido como un sujeto culto. Su falta de experiencia política, al no integrar “la casta” y ser presentado como un supuesto *outsider* de la política, es interpretada como una muestra de autenticidad (un concepto que, sin oposición

alguna, se ha integrado al discurso del campo de la emancipación, revelando así su vulnerabilidad; equivalente al término “fenómeno original”). A nivel internacional, se enfrenta de manera abierta con un país hermano, la República Bolivariana de Venezuela, y esto no se percibe como una intromisión política, sino como una manifestación de independencia de criterio. Además, las falacias que difunde, tales como las *fakenews* -por ejemplo, la afirmación de que los “nazis eran socialistas por la presencia de la palabra socialismo en *Nationalsozialismus*”- son recibidas como “interpretaciones ingeniosas” de la historia.

En el carnaval medieval, lxs campesinxs desdentadxs se burlaban de lxs reyes opulentxs como una forma de resistencia, un modo relativamente eficaz de desafiar las jerarquías sociales, aunque fuera solo por un día. Una carcajada estruendosa, un insulto ingenioso, una oración traviesa propia de lo popular, eran suficientes para socavar la solemnidad del poder establecido. En la Argentina, esta dinámica ha sido comprendida y expandida por la ex presidenta Cristina Fernández de Kirchner, quien suele dirigirse al presidente Milei a través de una serie de tuits con el íncipit de “Che, Milei”. Este acto refleja la astucia de la picaresca nacional, sobre la que Horacio González escribió un libro titulado *La ética picaresca* (1992). La gran intuición que subyace a la marcha antifascista del 1º de febrero (1F) radicó en su consigna central - “antifascismo”- y en la celebración de la fiesta y la alegría características de las disidencias y los feminismos, con el objetivo de desmantelar lo que fascina al fascismo: su pompa, su ostentación (Da Empoli, 2024).

Las modalidades inherentes a esa manifestación popular suscitan al menos un interrogante crucial sobre las formas de lucha: *cómo luchar*. Podría decirse que la respuesta está en la impertinencia, el humor y las burlas, siguiendo el camino trazado por figuras históricas como Maradona, Hebe de Bonafini o Cristina Fernández de Kirchner. También se refleja en el ingenio popular que se plasmó en los carteles de la marcha, como el célebre “Nunca Musk”. Tácticamente, allí hay una salida que el campo de la emancipación *aún* no encuentra estratégicamente. Insisto sobre este punto: aunque el carnaval es audaz y desafiante, también tiene un efecto inhibitor por lo que concierne a las luchas emancipatorias, pues limita su potencial disruptivo.

Aceptar el término “fascismo” no es una tarea sencilla. De hacerlo, deberíamos disponernos a organizar una *lucha revocatoria*, cosa que entra en colisión con la racionalidad democrática pero que también la sostiene, pues una democracia que no puede revocar un mandato niega su propia condición. Pero, al mismo tiempo, no podemos desconsiderar este hecho: la democracia está siendo desmoronada.

Cómo luchar

Los factores que de manera inmediata determinan los acontecimientos y el curso de la emancipación radican en las transformaciones que la conciencia de las clases en lucha experimenta, así como en su capacidad para distinguir y discernir esas transformaciones. En el contexto actual de la vida política argentina, el retroceso de la emancipación -que implica, asimismo, cierto grado de desencanto para con ella- se manifiesta en la debilitada resistencia de los aparatos sociales y políticos organizados frente al experimento aberrante del actual gobierno. En este sentido, debería reconocerse que la evaluación de la fuerza propia -para reorganizarla en procura de una nueva disputa- constituye un elemento extremadamente importante de la correlación de fuerzas objetivas. Las relaciones materiales que se escenifican en cualquier sociedad no hacen más que trazar el surco de los procesos históricos que oscilan entre la emancipación y la reacción.

Por su naturaleza, las modificaciones de la conciencia colectiva tienen un carácter subterráneo y sólo cuando alcanzan un determinado grado de fuerza de tensión, se evidencia en la superficie el nuevo estado de espíritu y las nuevas ideas, en forma de acciones de masas que establecen un nuevo equilibrio social (Trotsky, 2015, p. 599).

El camino hacia la emancipación revela, en cada etapa histórica, la cuestión fundamental del *poder*. Si se acepta esta premisa, el campo de la emancipación podría organizar una gran conversación pública sobre la naturaleza invencional del poder, con el objetivo de retomar la disputa por el Estado e inclinarlo hacia su posible -y siempre abierta- condición plebeya. A una mecánica homóloga responde la reacción, con la diferencia de que cuando se enciende ese vector de la historia ésta apunta en sentido contrario respecto de la emancipación. En otro orden de cosas, aunque correlativo, todo lo que sucede en el “palacio”, esto es, en la esfera gubernamental y dirigente no es en absoluto irrelevante para el desarrollo de los acontecimientos que vibran, animan y habitan la emancipación, pero solo es posible constituir el auténtico sentido de una política magmática cuando se logran empalmar la institucionalidad, la representación y el movimentismo, que es el lugar fluvial donde pueden ser descubiertos y auscultados los procesos moleculares que se operan en la conciencia de las grandes multitudes.

Si se acepta esta línea argumental, los sectores sociales que estamos atravesando un conflicto cada vez más agudo con las expresiones de este capitalismo que busca arrojarnos a la explotación sin restricciones deberíamos considerar unir los fraccionalismos -pues la unidad indica una fuerza y esta es expresión de un posible poder- y soldarlos en función de la disposición a una lucha común abigarrada de mucha energía para que el actual poder de gobierno mafio-fascista sea lo más acotado y lo menos prolongado posible. Todo poder reaccionario llega al momento en que

comienza a emitir su último destello, como una vela que se extingue. La sabiduría popular lo expresa con un toque de humor: “a todo chancho le llega su San Martín”.

Hablar de mafio-fascismo implica adentrarse en una dimensión compleja que atraviesa de manera densa la situación política de Argentina, además de comprender el momento sumamente crítico por el que está atravesando la sociedad nacional, particularmente la clase que organiza su vida en torno al trabajo. La noción de poder mafio-fascista también sugiere la posibilidad de una respuesta reactiva, la organización de una fuerza antifascista, un momento esencial que debe ser buscado con radicalidad tanto en el pensamiento como en la acción, para evitar una rendición incondicional ante las potencias tanáticas que, precisamente, buscan imponer su dominio en el campo nacional y popular. De ahí surge la pregunta: ¿cómo salir de la calamidad que se nos obliga a vivir? Una respuesta inicial: es de extrema importancia el despertar de los sectores trabajadoras -volver a defender sus intereses y responsabilidades de clase-, que se encuentran intoxicados y manipulados por una maquinaria de propaganda. Esta maquinaria, organizada a través del empalme de la mediaticidad monopólica más re las redes sociales que respaldan una estrategia de gobierno, contamina y confunde los modos comprensivos. Más aún, es crucial afirmar nuestra lengua, mantener nuestras ideas, organizar nuestra fuerza, preservar nuestra humanidad y volver a ser Estado: popular, participativo, protagónico, democrático. En términos organizativos y de poder, el mafio-fascismo entiende que el Estado es su principal herramienta. Al gobernarlo, lo transforma en un instrumento de una minoría propietaria, cuya existencia responde a los intereses de una élite extremadamente concentrada. En la etapa temprana del fascismo, esa élite era la burguesía industrial. En el siglo XXI, se trata de aristocracias tecnológicas y financieras que operan a través de instrumentos de la vida capital que son los monopolios corporativos globales, con características absolutistas y totalitarias. Esta cuestión es de la mayor relevancia para las clases trabajadoras de todos los países: recuperar el Estado, orientándolo hacia lo común, es decir, hacia lo igualitario, inherente a la justicia social. Dos: tratar de ver el futuro, empeñarse en esa tarea porque las presiones por salir adelante en tiempos difíciles tienden a no ser generadoras de imaginación política: “constantemente estamos apagando incendios, respondiendo a emergencias, encontrando refugio temporal, todo lo cual hace que sea difícil ver algo más que el presente” (Kelley, 2002, p. 11).

La paz se convierte en la víctima más evidente del proceso que se inició institucionalmente en diciembre de 2023, con la victoria electoral de Javier Milei y La Libertad Avanza, y que, a su vez, amplía y profundiza el proceso iniciado en diciembre de 2015 con la experiencia cambiemita sobre las existencias nacionales organizada

por el ex presidente Mauricio Macri. Sin embargo, la paz no es la única afectada, y podemos observarlo al analizar las sedes judiciales que fragmentan su labor, sin abordar adecuadamente la complejidad derivada del intento de magnicidio contra Cristina Fernández de Kirchner, perpetrado el 1 de septiembre de 2022. Esto se debe a la magnitud y la naturaleza del poder que ejerce un grupo muy pequeño de actores que empalman una racionalidad mafiosa con otra fascista en ese sector de la estatalidad y que se religan con el poder global imperial-monopolista. El fascismo y la mafia son tendencias intrínsecas y recurrentes del capitalismo, ya que ambas reconocen la necesidad de preservar el orden que el capitalismo ha consolidado mediante la expansión de la economía capitalista; forman parte de él y actúan como servidores y catalizadores de ese orden de poder.

El mafio-fascismo se enfrenta de manera radical a la emancipación, actuando como un enemigo excepcionalmente astuto, peligroso y temible, pero a la vez insignificante, si se observa con la perspectiva que proporciona la historia, entendida como la política entrelazada con la dimensión temporal. La emancipación señala un camino, traza una ruta, y se despliega como un proceso lento, que se nutre de fuerzas subterráneas e inevitables. Nadie nunca ha podido organizar un momento radicalmente emancipatorio sabiendo de antemano cómo habría de desarrollarse completamente. ¿De dónde podrían extraerse esas previsiones? ¿Acaso de los libros que aún no se han escrito? Sin embargo, algo de la emancipación podemos decir incluso antes de que se precipite: su fuerza principal está en comprender la lógica interna del movimiento y en dirigir la política de acuerdo con ella. La emancipación no impone sus planes a las grandes mayorías, sino que las educa para tomar conciencia de sus propios deseos y aspiraciones, ayudándolas a concretarlos. El término “conciencia” no debe ser interpretado de manera literal ni moral, sino como un proceso de aprendizaje que permite dar *forma* a los propios deseos y reivindicaciones. Esta *forma* no es sino una expresión política, que surge de las representaciones auténticas y genuinas de la propia emancipación. En esta estela, emancipación pasa a ser movimiento, representación, dirección, conducción y estatalidad. O sea: poder.

El mafio-fascismo representa la manifestación más intensa y concentrada de la actual ofensiva general del capitalismo. En consecuencia, la resistencia frente a esta estructura de poder -que se erige como una supraautoridad- debe ser asumida por toda organización social y política comprometida con una concepción emancipadora de la política y la sociedad. La eficacia de esta resistencia dependerá, en gran medida, de la comprensión profunda del carácter esencial de dicho poder y de las formas en que este se manifiesta. En la etapa actual del desarrollo histórico, el poder mafio-fascista -expresión del dominio de los monopolios corporativos globales, de corte

absolutista y totalitario- produce condiciones de vida marcadas por el hambre, el sufrimiento colectivo, la decepción y la explotación ilimitada de las grandes mayorías trabajadoras. Estos grupos humanos, despojados de presente y de futuro, enfrentan un destino de esclavitud... moderna. Un deber ético de la emancipación es incorporar a esos sectores sociales a la lucha de clases a través del trabajo pedagógico (lucha ideológica y política); un trabajo cuyo propósito sea explicar el proyecto tanático de este poder para con la sociedad en su vertiente trabajadora. La emancipación se configura como una vía posible de escape del sufrimiento estructural que atraviesa nuestro tiempo. Es también una cosmovisión que permite interpretar la naturaleza, la sociedad y nuestras condiciones de existencia dentro del proyecto político impulsado por La Libertad Avanza, partido del presidente Javier Milei. Comprender es imaginar también una vía de escape de este sufrimiento. En este sentido, la emancipación supone la construcción organizada de una cultura humanista avanzada, en confrontación directa con el régimen de explotación ilimitada que impone el capitalismo en su fase tecnofinanciera. La llama de una nueva vida social que calienta e ilumina, que aporta esperanza (“la esperanza de un mundo mejor”, tal como supo formular en algún momento Ernesto Guevara) y fuerza en la lucha.

Dado que el presidente Milei impulsa una transformación que puede caracterizarse como una revolución degradada, una de las tareas elementales del campo emancipatorio podría consistir en gestar una revolución de carácter constructivo, como respuesta a este contexto económico altamente borrascoso que supone el despliegue lento aunque vertiginoso y diario de un genocidio social. La base estructural de toda revolución suele residir en la situación económica, especialmente en la crisis, momento histórico en el que suelen emerger las tensiones entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las formas vigentes de propiedad. En este marco, se configura una contradicción central entre dos clases: por un lado, aquella portadora del potencial emancipador y del impulso hacia el crecimiento de las fuerzas productivas - integrada por trabajadorxs formales, informales, precarizadx, cartonerxs, intermitentes, de platatoforma, etc.- y, por otro, la clase que se aferra a formas de propiedad obsoletas y reaccionarias. Esta última defiende un modelo que, lejos de mirar hacia el futuro, busca preservar un esquema de poder y dominación anclado en la reproducción de una estructura colonial persistente, que pretende mantener a la Argentina atrapada en una condición histórica invariable.

Si se acepta que el poder de gobierno organiza la sociedad alrededor de un núcleo que es el tanatismo absoluto -contra la clase que organiza su existencia alrededor del *trabajo*- ese reconocimiento debería estimularnos en la dirección de la constitución de un posible antifascismo. Bajo la modalidad de consigna esta palabra apareció en el

corazón de la fuerza multitudinaria y abigarrada constituida por la marcha de las disidencias, diversidades y feminismos, convocada el 1º de febrero de 2025. *Antifascismo*, a partir de allí se convirtió en divisa de denuncia de la desesperación a la que nos ha arrojado el gobierno libertario, de la esperanza religada con la lucha política y de la necesaria revocación del poder de gobierno. En el *antifascismo* vibra también otra dimensión sensible: la impugnación de la vida capitalista y de los poderes criminales que lo animan.

Frente a la opresión ejercida por el mafio-fascismo y la intensificación de la lucha de clases que este modelo impone, la necesidad de una revolución democrática antifascista se presenta como una etapa ineludible en el proceso de liberación social. Esta etapa resulta inevitable si se toma conciencia de las condiciones actuales que hacen cada vez más improbable la existencia de una democracia auténtica -encerrada incluso en los márgenes estrechos del orden liberal- en la Argentina. El régimen libertario comenzará a mostrar signos de vacilación antes de colapsar. Antes de ese instante las fuerzas populares deberán reponer el orden democrático y promover una revisión integral de las políticas destructivas implementadas hasta entonces. Esas fuerzas tendrán la tarea de constituir una nueva sociedad, ya que la actual ha sido desfigurada -“zombificada”- por el ejercicio del poder autoritario. Esa nueva organización social podría organizarse en torno a la idea de igualdad entendida como reciprocidad, a una noción de felicidad alternativa al paradigma capitalista -que reduce el bienestar al consumo- y a la socialización de los bienes comunes naturales, pilares para una estatalidad con vocación popular.

La fuerza política que puede hacer algo para limitar el poder espeso de gobierno y mantener viva la esperanza de la democracia -incluso liberal y burguesa: idea que deberá ser revisitada para que la acción democratizadora pueda ser profundizada- es aquella que sepa expresar una confluencia de las grandes tradiciones políticas emancipadoras: de izquierdas y peronistas. Esta fuerza -de inspiración cookista, nacional y popular- deberá vincularse con una corriente antifascista de alcance continental, caracterizada por su compromiso revolucionario, antipatriarcal, anticapitalista, antirracista y anticolonialista. La organización de tal fuerza política resulta indispensable para enfrentar las políticas que promueven la exclusión social, el racismo, la xenofobia, el patriarcado y la segmentación estructural de la sociedad -que puede describirse como un apartheid social-, fenómenos que hoy se potencian mediante los dispositivos de dominación digital que se agrupan bajo el rótulo banal y capcioso de “redes sociales”. En este marco, se plantea la necesidad de organizar una IA, entendida no como inteligencia artificial, sino como una Internacional Antifascista, que permita coordinar el trabajo emancipador de movimientos sociales y políticos a

escala global, con el objetivo de defender, organizar y ampliar la democracia participativa, la justicia social y los derechos humanos. En el caso argentino, esta Internacional podría funcionar como expresión concreta de un poder antifascista, una manifestación de la unión política que surge desde la experiencia común de lucha, y no tanto como una simple suma de organizaciones que operan sin un antagonismo real frente al poder libertario. Este movimiento debe representar un antagonismo radical frente al mafio-fascismo y frente a la lógica de los monopolios corporativos globales, situados hoy en el corazón de la estatalidad. Su perspectiva deberá saber ser eminentemente estratégica, sustentada en un humanismo interseccional que articule las dimensiones de clase, género y etnia, y orientada a disputar el control del Estado con el fin de organizar el escenario democrático posterior al fascismo. A su vez, deberá saber desarrollar una pedagogía de la prevención política y social. Este proceso ya ha comenzado a dar señales de existencia en movilizaciones recientes, como la Marcha Federal Antifascista del 1° de febrero de 2025, las manifestaciones del 8 de marzo y la gran marcha del 24 de marzo, que condensan el malestar social y la resistencia frente a un gobierno cuyo carácter se define por su violencia estructural, el desprecio por la vida y un proyecto regresivo para las grandes mayorías trabajadoras. Estos emergentes fueron estimulados por el antagonismo absoluto que plantea el poder teratológico de gobierno, por la intemperie social que ha provocado, por esa reacción que ha levantado la cabeza desde la pandemia y se ha afirmado con el clivaje que para la vida social y política implicó el magnifemicidio contra Cristina Fernández de Kirchner, y por la ofensiva aventurera elaborada contra la existencia. Antifascismo, entre otras cosas, quiere decir que los capitalistas vuelvan a tener límites.

La lucha y la autodefensa popular contra el mafio-fascismo requiere de un aparato único de poder; se trata de una hipótesis de lucha elaborada por Clara Zetkin (2017). Cuando el campo nacional y popular logra unirse en su condición abigarrada puede hacer “milagros” (que no son magia). En el instante de la unidad emancipadora el campo nacional y popular acierta a dar una expresión mucho más profunda y fiel a las exigencias de la evolución histórica que las expresiones de los analistas, los economistas, los políticos y los periodistas más sagaces del orden. Las credenciales mal escritas -para decirlo con el lenguaje de Hegel- en carteles improvisados y en banderas desgastadas que a menudo se escriben en el tejido cultural y movimentista del campo propio se demuestran reales porque racionales y afectivas, mientras que planes subjetivamente inteligentísimos de los sujetos del orden a menudo acreditan inconsistencia, porque la razón de la historia no quiere nada con ellos. ¿El propósito de ese aparato único de poder? Organizar una lucha en el terreno de la política para ir desgajando a las grandes mayorías del atractivo fascinante de masas del mafio-fascismo. Por eso las fuerzas políticas y sociales “laboristas” y con disposición a la

lucha de clases deberían considerar unirse contra el mafio-fascismo sin distinciones partidarias o afiliación sindical en el antagonismo de la clase trabajadora contra el dominio de clase y la explotación violenta de los monopolios corporativos globales absolutistas totalitarios. De otro modo: los partidos, sindicatos, organizaciones, movimientos que se constituyen alrededor de esa idea orientadora de la existencia *-el trabajo-* deberían movilizarse en la dirección de la defensa común contra el mafio-fascismo.

También es necesario organizar un antagonismo dentro del Parlamento y, de forma extensiva, en todas las instituciones públicas del Estado. Las fracciones legislativas que representan los intereses de la clase trabajadora en el Congreso -en tanto espacio central de deliberación democrática- podrían impulsar la convocatoria a organizaciones laboristas internacionales, solicitando que envíen misiones de observación e investigación a nuestro país. El objetivo sería relevar y documentar las condiciones en que se encuentra la clase trabajadora, así como los diversos y complejos conflictos laborales que el actual poder de gobierno genera deliberadamente contra los sectores populares. Estas acciones no son meramente simbólicas; constituyen condiciones necesarias para el desarrollo de la lucha política y social. Y dado que toda forma de lucha está atravesada por una dimensión temporal, vale considerar lo siguiente: mientras que la reacción opera en una temporalidad extensa -medida en días, semanas, incluso en ciclos prolongados de años-, la emancipación, si se organiza con audacia y nitidez estratégica, puede desplegarse en fracciones de tiempo brevísimas.

La revolución democrática no será simple repetición mecánica de la democracia anterior a diciembre de 2023 o del diciembre de 2015, sino reanudación y renovación. O, para recurrir a una fórmula hegeliana: la restauración será negación de la negación. No podemos conformarnos con el mero antifascismo, sino imaginar y poner en movimiento el postfascismo. Una pregunta que debería acompañarnos en este camino tal vez sea: ¿qué forma deberá tener la nueva democracia dentro de nuestro Estado-nación?

Intermezzo

El capitalismo en su fase actual de crisis -una crisis que no solo atraviesa, sino que alimenta y reproduce- se sostiene a partir del sufrimiento y la explotación: de la sangre, de la fuerza de trabajo, de la vitalidad de la naturaleza y de la acción instintiva de los seres animales. Este sistema, al mismo tiempo que genera conflictos atroces y de enorme escala, carece de toda capacidad para resolverlos, pues dichos conflictos son inherentes a su lógica de funcionamiento. Es inconcebible suponer que un problema

estructural puede solucionarse apelando a los mismos mecanismos que lo generaron. De ahí que la noción de un “capitalismo razonable” no es solo ilusión sino también contradictoria en sus propios términos. Si se acepta que el fascismo es una herramienta recurrente del capitalismo en crisis -como ha ocurrido en Argentina, donde se ha articulado con estructuras mafiosas, aunque también compite con ellas-, entonces debe asumirse con urgencia la necesidad de impedir que ese proceso se consolide. Es decir, evitar que se instale la falsa creencia de que puede existir un “capitalismo serio”, despojado de sus dimensiones autoritarias, xenófobas, racistas, militaristas o represivas. Pensar un capitalismo “menos capitalista” es, en definitiva, una contradicción conceptual que diluye las condiciones reales de dominación. De ahí descende que una tarea de las fuerzas emancipatorias consiste en imaginar y organizar un nuevo horizonte civilizatorio, alternativo al esquema mafio-fascista de poder. Este modelo de poder -que ya no busca la conquista de algo particular, sino que pretende el dominio absoluto de todo lo existente- debe ser confrontado por aquellas fuerzas que se reconocen en los principios de justicia social, igualdad y soberanía popular. Esas fuerzas, de matriz nacional y popular, deben orientarse desde una perspectiva latinoamericanista, inspirada en el proyecto histórico de la “Patria Grande”. En este marco, la idea de *pueblo* no debe entenderse como una categoría fija e invariable sino como una construcción histórica contingente, una forma de comunidad que se constituye a través de la experiencia, del vínculo social, del reconocimiento mutuo, de los saberes compartidos y de la belleza colectiva que emerge en el proceso de lucha. La idea de *pueblo* indica menos una gran cantidad, un gran conglomerado o un número conspicuo de seres humanos movilizados que una comunidad fluctuante que experimenta una epifanía. Una revelación de poder, de saberes, de belleza, de conocimientos compartidos. Un lazo social. Una experiencia: parte constitutiva de lo que se es y sin la cual no se puede ser ni seguir siendo. Desde nuestra América aún debe ser posible imaginar y organizar una acción emancipadora alrededor de una consigna popular: *Make Antifascism Great Again*, en el 80 aniversario de la subordinación del fascismo arqueológico a manos de la Revolución.

Palabra magmática, revolución, alrededor de la cual en el presente que habitamos es necesario organizar un preciso escrutinio. Algo, sin embargo, acerca de ella, puede ser sugerido, pues se trata de un torrente subterráneo que cuando aflora a la superficie se manifiesta con una fuerza irresistible, sometido a las leyes de una especie de hidrodinámica social, y que por eso se va engrosando, por las sacudidas y las privaciones organizadas escrupulosamente por la reacción. Detener ese torrente “oponiéndole el pecho es imposible; lo único que se puede hacer es no dejarse arrastrar por él, sostenerse en tanto no desaparece la ola de la reacción y preparar, al mismo tiempo, puntos de apoyo para la nueva ofensiva” (Trotsky, 2015: 606).

Apuntes conclusivos

A modo de conclusión, deseo aportar a esta reflexión una cita de Lenin que se entrelaza profundamente con la capacidad onírica. Esta frase es tan reconocida que, incluso, suele aparecer frecuentemente en algunos memes, fraseada de esta manera: “Es preciso soñar, pero con la condición de creer en nuestros sueños. De examinar con atención la vida real, de confrontar nuestra observación con nuestros sueños, y de realizar escrupulosamente nuestra fantasía”. Sin embargo, es importante señalar que esta declaración, tal como la conocemos, no fue escrita por Lenin. No obstante, la idea que transmite se encuentra en uno de sus textos más representativos: *¿Qué hacer?* (1902). En este escrito, Lenin cita a Dmitri Ivánovich Písarev, un filósofo nihilista ruso que, en la década de 1890, promovió la corriente democrática-revolucionaria. La generación posterior a la de Písarev, que participó en el Soviet de Petrogrado en 1905 - bajo la dirección de Trotsky- y en los acontecimientos revolucionarios de 1917, estuvo influenciada por este pensador. Entre ellos se encontraba Lenin, quien lo menciona en *¿Qué hacer?*

Hay diferentes clases de desacuerdos [...] entre los sueños y la realidad. Mis sueños pueden rebasar el curso natural de los acontecimientos o bien pueden desviarse a un lado, adonde el curso natural de los acontecimientos no puede llegar jamás. En el primer caso, los sueños no producen ningún daño, incluso pueden sostener y reforzar las energías del trabajador... En sueños de esta índole no hay nada que deforme o paralice la fuerza de trabajo. Muy al contrario. Si el hombre estuviese completamente privado de la capacidad de soñar así, si no pudiese de vez en cuando adelantarse y contemplar con su imaginación el cuadro enteramente acabado de la obra que se bosqueja entre sus manos, no podría figurarme de ningún modo qué móviles lo obligarían a emprender y llevar a cabo vastas y penosas empresas en el terreno de las artes, de las ciencias y de la vida práctica... El desacuerdo entre los sueños y la realidad no produce daño alguno, siempre que la persona que sueña crea seriamente en su sueño, se fije atentamente en la vida, compare sus observaciones con sus castillos en el aire y, en general, trabaje escrupulosamente en la realización de sus fantasías. Cuando existe algún contacto entre los sueños y la vida, todo va bien (Lenin, 2019, pp. 273-274).

Este fragmento de Písarev resuena con una notable impronta aristotélica. En efecto, para Aristóteles, la imaginación -a la que denomina *phantasia*- constituye una facultad mediante la cual es posible generar imágenes mentales, ya sea a partir de percepciones presentes, de la reelaboración de recuerdos, o bien de la conformación de nuevos conceptos generales. Además, la imaginación, para Aristóteles, es una forma de movimiento (*kinēsis*) que se activa en los seres dotados de sensación. La imaginación está vinculada a la percepción, pero también y sobre todo está nexada a

la capacidad de creacionista: implica “un movimiento de la sensación en acto” (Aristóteles, 2010, III 3).

Crear algo nuevo es una tarea y un gran desafío para una fuerza emancipatoria pensante, imaginante y movilizadora que actúe a contrapelo del flujo pulsional del capitalismo. El capitalismo lo ha entendido bien, porque imaginar el futuro, predecirlo, es un gran negocio. El capitalismo es experto en elaborar escenarios futuros. Lo hizo históricamente con la ciencia ficción, con el cine más recientemente, y ahora con las plataformas tipo Netflix y con lo que banalmente decimos “redes sociales” y que son aparatos del capitalismo digital o tecnofinanciero. Con esos aparatos que parecen culturales pero que son económicos organiza escenas materiales para perpetuar la codicia, esa insaciabilidad depredadora que lo alimenta. Por ejemplo, la industria cinematográfica estadounidense, de tipo belicista, en todo el mundo occidental ha creado una cultura de aceptación de la guerra. Luego, cuando ese acto se materializa, cuando se manifiesta en la vida de los seres humanos, ya ha sido aceptado. Por ejemplo, la larga serie de películas bélicas norteamericanas tienen el propósito de naturalizar la guerra, los exterminios, todas las modalidades posibles de la violencia. O sea, prepararon el terreno para la aceptación material de la guerra. Tal vez a esta cuestión espinosa esté vinculado el módico despliegue movimientista ante el genocidio en acto en Gaza, porque se nos ha inculcado su aceptación: su naturalización.

La palabra fascismo nombra un mal endémico de la sociedad de masas, una especie de virus que está arraigado en la historia moderna de Occidente, y como tal de América Latina. El origen del fascismo -arqueológico- determina su esencia: el supremacismo, que es la condición necesaria del colonialismo. El fascismo hoy prospera en las sociedades debilitadas por esta etapa del capitalismo delirante o zombie y hoy aspira incluso a la hegemonía cultural. La palabra fascismo nombra la etapa delirante del capitalismo, su condición insaciable, su carácter violento e irracional, su deseo incontenible de romper fronteras humanas, perturbar vidas, atravesar modos civilizatorios *populares*. Las incursiones de este poder del exceso poseedor ya no atañen al trabajo sino a la vida misma. El capitalismo en su etapa delirante -expresada por el poder fascista- ya no lucha por *algo*, sino que lucha por *todo* y la contradicción principal que postula ya no es, como en el segmento democrático del siglo XX, capital *versus* trabajo, sino capital *versus* vida. Hemos pasado de la concepción vital de trabajar *full time* a la concepción vital de trabajar *full life*, sea bajo la modalidad del trabajo formal, informal, cartonero, monotributista, intermitente o de plataforma. Estamos ante un poder de conquista total, un Behemoth, que afecta a todas las entidades vivientes. La naturaleza autodestructiva del orden económico del

capitalismo delirante expresado por el fascismo sigiloso del siglo XXI afecta en igual medida al ser humano, al ser animal y al ser natural. Con su plan económico, el poder en objeto está animado por una lógica sacrificial que habilita dejar morir a poblaciones enteras, humanas, animales o naturales, pues las expone a prácticas de explotación, expulsión, extinción y a una escala planetaria las expone -nos expone- a sistemas de guerra y de inseguridad. En la Argentina, todo esto se experimenta con la línea quebrada de la economía, que todos los días sigue inclinándose bruscamente hacia abajo. El plan económico libertario consiste en que suban los precios de la comida, que los industriales cierren fábricas, que la frecuencia del transporte se reduzca pese a que la mediaticidad monopólica, con sus héroes de la frase, y depósito inagotable de lugares comunes, diga lo contrario.

Surge la necesidad inevitable de fraguar imágenes alternativas del mundo. La vía de acceso a esas imágenes es la lucha popular: la eventual revocación del fascismo acontece menos en las urnas que en las calles. O, mejor: antes en las calles y luego en las urnas. La lucha popular es una gran conversación movimientista. Habilitar esa gran conversación, asumirla, es tarea de una fuerza emancipatoria -es decir: capaz de convencer, organizar y educar-, de confluencia de las grandes tradiciones políticas de lucha, que sepa mantener viva la consigna del *antifascismo*. Una fuerza que tenga la capacidad de coordinar una acción con el propósito de asestar un revés al mayor de los males, al mal más peligroso del momento.

Querer la justicia social, la igualdad (que es la reciprocidad), la dignidad, la libertad quiere decir aspirar a un mundo mejor. Son ansias y empeños profundos: teóricos y políticos. Justicia social, igualdad, dignidad, libertad no son palabras que se rasgan en un papel o en graffiti en una pared, son proyecciones -imágenes: fantasías- materiales que permiten una diversa imaginación del volverse humano, en su materialidad compleja, desordenada, contradictoria. Son palabras que movilizan pasiones que pueden despertar futuros posibles. Expresan una profunda preocupación por lo que no tenemos y por lo que ya tenemos y habilitan una profunda confianza en lo que está por venir, cuya organización debería deseablemente correr por cuenta del campo nacional y popular. Creer en la justicia social, en la dignidad, la igualdad y la libertad significa ser creyente. Y ser creyente quiere decir ser revolucionario.

El poder (de) soñar otros sueños nos sitúa fuera del presente y expresa libertad interior. Esa facultad habilita los poderes transformadores de la imaginación radical, un sentido desenfrenado de liberación de las cargas materiales y simbólicas de la opresión. Es el poder de la insubordinación contra un experimento teratológico, contra sus jerarquías de desigualdad, contra sus modalidades represivas y expropiantes. Contra su odio sistemático que produce el mayor de los males al lazo social.

Las visiones utópicas son proyecciones políticas que anticipan futuros menos dramáticos y más placenteros, menos crueles y más sostenibles que esté presente amargo que habitamos. La vena utópica corre fuerte en *El Eternauta* (1957-1959) de Héctor Germán Oesterheld y Francisco Solano López, que es la historia de una rebeldía organizada y política que sobreviene ante un poder teratológico, monstruoso, omnímodo. Actualmente, bajo la modalidad de serie televisiva, esa antigua historieta puede ser leída como una gran alegoría antifascista. Nos habla de una imaginación disidente, al margen de la perspectiva individualizante de la vida, de una inspiración singular de orden nacional y popular. “El brillo de la inspiración nunca está demasiado lejos. La imaginación es una fuerza, una facultad, un poder (*potentia*) que solo puede encenderse y sostenerse de manera colectiva” (Braidotti, 2002: 262).

El Eternauta desde un punto de vista político podría nombrarse cookismo. Esa palabra expresa la idea de una ecología general de formas alternativas para reconvertirnos en seres humanos y evolucionar dentro de las fuerzas contradictorias del mundo. Expresa la idea de conexiones sin fusiones entre las grandes tradiciones políticas de lucha: peronistas y de izquierdas. Esa idea funciona también como exhortación a formar una organización emancipatoria popular capaz de religar todas las fuerzas y de dirigir el movimiento no sólo nominalmente, sino en realidad. Es decir, una fuerza dispuesta a apoyar toda protesta y toda explosión, capaz de congregarse afectivamente, conciencias, sensibilidades, y unir las para una obra común, aprovechándolas para multiplicar y reforzar la lucha hasta el momento decisivo. Imagino dos dimensiones de ese momento: la necesaria revocación de esto que acontece en la vida política nacional y la institución de una aún más necesaria utopía. La idea cookista pone de relieve la diversidad de nuestro campo y en ella reverbera también la condición feminista (práctica y teórica) de la mano de Alicia Eguren, compañera de John William Cooke, docente, poeta, ensayista, periodista, asesora de Perón, organizadora de la resistencia peronista y lugarteniente del Che Guevara.

Esa idea, el cookismo, es el deseo de libertad, un anhelo de superación de condiciones injustas, insoportables, insostenibles: que son materiales, psicológicas, cognitivas y culturales, por ende, *políticas*. De lograr activarla, nuestro campo lograría denunciar en unidad las indignidades y las injusticias del presente, y habilitaría visiones alternativas de existencia. En tanto idea de lucha por la libertad podría habilitar abrir las compuertas de la historia para soñar e imaginar un futuro generativo. Una idea que abriría posibilidades en el presente y crearía fracturas inspirativas de cara al futuro. Indica también que una teoría crítica y una política sin visiones alternativas implican un ejercicio (árido) de negatividad. El empalme entre las grandes tradiciones políticas de lucha -peronistas y de izquierdas- alude a un pasado de logros y éxitos

realizados a medias, que nos reclaman un renovado ejemplo colectivo para fraguar lo que falta en la Argentina popular. La energía cookista es una fuerza afirmativa infundida con poderes anticipatorios y visionarios, que necesitan ser actualizados y expresados por cada nueva generación a su manera. Este entramado alude a otra palabra, inhibida dentro del campo de la emancipación y que indica otra idea que no es ni fija ni eterna, sino que nombra y convoca la posibilidad de constituirla en cada etapa histórica: socialismo.

Referencias

- Aristóteles (2010). *Acerca del alma. De Anima*. Colihue.
- Armao, F. (2000). *Il sistema mafia. Dall'economia-mondo al dominio locale*. Bollati Boringhieri.
- Bajtín, M. (1987). *La cultura popular en la Edad media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Alianza.
- Braidotti, R. (2022). *Feminismo posthumano*. Gedisa.
- Carbone, R. (2023). *Mafia global. El doble poder*. Luxemburg.
- Carbone, R. (2024). *Lanzallamas. Milei y el fascismo psicotizante*. Penguin Random House/En Debate.
- Carbone, R. (2025). *Ultra. Aristocracia tecnofinanciera, capitalismo mafioso y fascismo global*. Sudamericana.
- Da Empoli, G. (2024). *Los ingenieros del caos*. Oberón.
- Hora, R. (2025). Milei: la verdad incómoda. La Vanguardia, <https://lavanguardiadigital.com.ar/index.php/2025/02/08/milei-la-verdad-incomoda/>.
- González, H. (1992). *La ética picaresca*. Altamira.
- Greer, G. (2004). *La mujer eunuco*. Kairós.
- Kelley, R. (2002). *Freedom dreams. The black radical imagination*. Beacon.
- La sacra Bibbia* (2012). Conferenza Episcopale Italiana/Unione Editori e Librai Cattolici Italiani.
- Lenin, V. I. (2019). *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*. Luxemburg.

Neumann, F. L. (1942). *Behemoth. The structure and practice of National Socialism*. Oxford University Press.

Oesterheld, H. G. y Solano López, F. (2025). *El Eternauta*. Planeta.

Página/12 (2025). Milei no se baja del ring: acusó de “fascistas” a quienes marcharon el sábado. www.pagina12.com.ar/801423-milei-no-se-baja-del-ring-acuso-de-fascistas-a-quienes-march.

Roosevelt, F. D. (1942). Message from the president of the United States transmitting recommendations relative to the strengthening and enforcement of anti-trust laws. *The American Economic Review*, vol. 32, no. 2, junio de 1942.

Simmel, G. (1989). *Sociología*. Edizioni Comunità.

Trotsky, L. (2015). *Historia de la revolución rusa*. Ediciones RyR.

Zetkin, C. (2017). *Fighting Fascism. How to struggle and how to win*. Haymarket Books.

Notas

ⁱ “La democracia, en tanto poder visible, tiende a anular la idea misma del enemigo. [...] en el plano de la práctica histórica” debe ser recordado que “partidos totalitarios hayan accedido al poder ‘democráticamente’ -es el caso del fascista en Italia y del nazista en Alemania” (Armao, 2000, p. 86).